

naza: «Si tú no te diriges á Dios, haciendo penitencia, y no acudes á tu hermano mayor, el gran duque, tu alma será extraña al Señor y á la Iglesia de Dios y á la santa fe cristiana; no tendrás parte alguna en la comunión de los fieles, y la gracia de Dios y la de la pura Madre de Dios y la fuerza de aquella vivificante cruz que besaste ante tu hermano mayor, el príncipe Wassili Wassilyewitz, no vendrán sobre tí y serás según las santas ordenaciones eclesiásticas maldito de los santos apóstoles, de los santos Padres de la Iglesia y de los siete concilios ecuménicos, y figurarás temporal y eternamente en el número de los infieles herejes. Y en este mundo ni en el otro tampoco tendrás nuestras bendiciones y nuestras oraciones. Toda la sangre cristiana que se derrame por tu impenitencia y por tus pecados caerá sobre tu cabeza.» Escrita en Moscou en el mes de diciembre á los 29 días del año 6956 de la undécima Indicción (1).

No sabemos qué efecto produjo en Dmitri esta carta, pero puede decirse que no hubo de hacer gran mella en él por cuanto desde 1448 á 1451 le encontramos en guerra abierta con el gran duque, y solo dejó de constituir un peligro en 27 de enero de 1451 cuando fué derrotado en Halitsch por el vaivoda Wassili Ivanowitz Obolenski. Cierta que pudo refugiarse en Nowgorod y que se apoderó temporalmente de Uglitsch, pero fué de ésta arrojado por el hijo del gran duque, Ivan Wassilyewitz, y falleció en Nowgorod en 9 de abril de 1453.

Schemyaka fué el último príncipe particular que intentó disputar el trono á un gran duque de Moscou: con su muerte cesó toda resistencia falleciendo con él el último representante de la familia real que disputaba la preeminencia á los descendientes directos de Wladimiro Monomaco. Puede decirse que de la fecha de su fallecimiento data la Edad media rusa. Desde entonces comienza el régimen no turbado de la aristocracia moscovita.

El gran duque se sintió libre de un gran peso cuando recibió la noticia de la muerte de Schemyaka. El mensajero portador de esta deseada noticia fué pródigamente recompensado, y los vecinos mas cercanos de Moscou observaron que Wassili no se creía obligado á refrenar sus instintos que le impulsaban á adquirir nuevos territorios. El antiguo aliado de Schemyaka, el príncipe Ivan Andreyewitz de Moshaisk, perdió su principado parcial, corriendo igual suerte que él Wassili Yaroslawitz de Serpujoff. El príncipe de Susdal no pudo conservar mas que á Gorodéz y algunas aldeas. De suerte que al lado de Moscou no subsistían propiamente mas que Rjasan, Twer, el Estado libre de Nowgorod, destrozado por odios intestinos, y Pleskau. La situación en que se encontraban los dos primeros hacia que no constituyeran peligro alguno: Nowgorod fué severamente castigada en 1456 por haber prestado su apoyo á Schemyaka. Cierta que Wassili se contentó al fin con que le pagara 8,500 rublos, pero todos los indicios eran de que se acercaba el fin de aquella república, á la cual el gran duque dispensó en 1461 el honor de su visita. Acompañado de dos de sus hijos y de un numeroso séquito hizo en ella su entrada para convencerse personalmente, como gran duque, de la sumisión de la ciudad. La

(1) Para contar las fechas hay que hacer notar en las crónicas que cuentan siempre por años de marzo desde la creación del mundo, de suerte que para los sucesos ocurridos desde 1.º de marzo hasta el 31 de diciembre hay que descontar de la fecha 5508 años y para los acaecidos en los meses de enero y febrero, 5507. Véase Dorn: *Caspia*, Kunik, fuente rusa para la expedición de 1043. Este cómputo por años de marzo dejó de usarse en los territorios del gran ducado desde el año 1400: Nowgorod lo conservó algún tiempo. Pskoff parece haber tenido antes que Nowgorod el cómputo por años de setiembre: en éstos se resta para los meses de enero á fines de agosto, 5508, y para los de setiembre á diciembre, 5509.

opinión pública no se le mostró en ella muy favorable: poco antes de su llegada celebróse una asamblea popular en la cual se discutió si sería mas conveniente asesinarle, y á duras penas consiguió el arzobispo calmar á los excitados ciudadanos con la consideración de la venganza que tomarían los hijos de Wassili. El gran duque tendió también sus manos hácia Pskoff; uno de sus hijos, Yuri Wassilyewitz, se dirigió á esta ciudad para poner en órden sus cosas y sobre todo para alejar á los alemanes, que desde Livonia amenazaban á Pleskau. Por mediación suya firmóse un tratado que aseguró por algún tiempo la paz, y cuando, á las tres semanas, se retiró de la ciudad, quedaba fuertemente atado el lazo que había de unir á ésta con Moscou.

CAPITULO XXVIII

MOSCOU Y EL CONCILIO DE FLORENCIA (2)

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos hemos pasado por alto los sucesos religiosos, que tanta importancia tuvieron en tiempo de Wassili Wassilyewitz y que, mostrándonos por algún tiempo á Rusia en íntimo contacto con el Occidente, merecen llamar especialmente nuestra atención.

Sabido es que la situación apurada en que se encontraba el imperio bizantino por efecto de la presión de los turcos hizo que la corte de Constantinopla concibiera el plan de comprar el apoyo del Occidente á cambio de la unión de las iglesias griega y latina. Se entablaron las primeras negociaciones á principios del siglo xv, pero el concilio de Basilea fué el primero que se apoderó nuevamente de la idea y la defendió con verdadera energía. Cuando después de largas negociaciones se presentaron en Basilea, durante el verano de 1434, los embajadores del emperador Juan Paleólogo, destacóse desde luego entre ellos aquel hombre que estaba destinado á hacer entrar en el movimiento general al imperio moscovita, que en un principio se oponía á las tendencias de unión: era Isidoro, abad del convento de San Demetrio de Constantinopla, que posteriormente fué metropolitano de Moscou.

Lo primero que hubo de tratarse fué de fijar el lugar en que debía celebrarse el concilio: los Padres del de Basilea optaban por esta ciudad, pero los griegos preferían á Constantinopla, si bien estaban dispuestos á reunirse en una ciudad italiana, ó en Buda, Viena ó Saboya, para celebrar allí el concilio de unión, con tal que se les costearan los gastos de viaje y manutención y se les facilitaran caudales para celebrar un sínodo general griego y organizar una defensa eficaz en Constantinopla. En la sesión décimanona, que celebraron en 7 de setiembre de 1434, todos los Padres reunidos en Basilea aprobaron un tratado en este sentido, y el papa Eugenio IV, que entretanto había negociado con los griegos, dió, después de muchas vacilaciones, su consentimiento en la bula de 15 de noviembre de 1434.

El primer resultado de estos preliminares para encontrar el sitio en que pudiera llegarse á ulteriores avenencias fueron los preparativos del Occidente para defender á los caballeros de Rodas y la retirada del sultan, que se hallaba delante de la amenazada isla. Los de Constantinopla, sin embargo, no se mostraron satisfechos del proceder de Isidoro y de sus acompañantes, pues el embajador del Papa había consentido, sin conocer las negociaciones de los de Basilea, en que el concilio se celebrara en Constantinopla. De manera que hubo de negociarse nuevamente en esta capital sobre todo

(2) Véase Zhishman: *Negociaciones de unión entre la Iglesia oriental y la romana*. Viena, 1885. — Hefelle: *Historia de los concilios*, tomo VII. Friburgo en Br., 1874. — *Documentos históricos coleccionados y publicados por la Comisión arqueográfica*, tomo I, San Petersburgo, 1841 (en ruso).

el asunto, hasta que en 30 de noviembre de 1435 tomaron los griegos una determinación definitiva. El emperador y el patriarca desistieron de la idea de que se celebrara el concilio en Constantinopla, consintiendo únicamente en que se reuniera en una ciudad marítima italiana. La sesión vigésimacuarta, celebrada en Basilea en 14 de abril de 1436, confirmó este acuerdo; pero nuevas disensiones ocurridas entre el Papa y el concilio aplazaron su ejecución, volviendo á discutirse el punto de reunión, para el cual se pensó en Aviñón. Dejaremos á un lado los fatigosos accidentes por que pasó esta cuestión y que son propios de la historia eclesiástica, y diremos que el Papa se decidió finalmente, en 18 de setiembre de 1437, por Ferrara. Para ello se había puesto de acuerdo con los griegos á despecho de los de Basilea, anunciando por medio de una bula su designio de trasladar á Ferrara el concilio de Basilea. Poco después, fijó el 8 de enero como fecha de apertura del sínodo. Sus deseos se vieron cumplidos, pues aun cuando la mayor parte de los Padres de Basilea no se movieron de su residencia, se reunieron muchos prelados en Ferrara, donde se presentó el Papa en persona al aproximarse á las costas los buques griegos. Esto aconteció el día 24 de enero de 1438, día mismo en que los Padres de Basilea suspendieron al Pontífice. Este contestó con una excomunión de todos aquellos sacerdotes que se habían quedado en Basilea, y amenazó á los habitantes de esta ciudad con el entredicho si no procuraban arrojar de ella á los prelados rebeldes.

Hay que confesar que no era muy digno el espectáculo que se ofrecía á los griegos al llegar éstos á Ferrara, procedentes de Venecia, en los primeros días del mes de marzo. En 9 de abril se abrió solemnemente el concilio sin hacer caso alguno de los Padres de Basilea.

Además del emperador, del patriarca de Constantinopla y de sus obispos, habíanse presentado como plenipotenciarios de las demás iglesias orientales, Antonio, metropolitano de Heraclea, Gregorio Mamma de Alejandría, Dionisio de Sardes (1) de Jerusalem, y de Antioquía, finalmente, el arzobispo Marco Eugenikos de Efeso y el metropolitano de Kieff, Isidoro, que llegó á Ferrara el día 18 de agosto.

El abad del convento de San Demetrio se había elevado, entretanto, á la sede eclesiástica suprema de Rusia, la cual hacia seis años — desde la muerte del metropolitano Focio, acaecida en 1431, — que se encontraba vacante, á causa de las luchas intestinas. En Rusia se había designado como sucesor de Focio al obispo Jonás de Rjasan, pero cuando éste se presentó en Constantinopla con una carta de recomendación del gran duque, se había ya tomado allí una decisión que era favorable á Isidoro. Podría ser que, conocido como era éste como autor de la obra de unión que se preparaba, se quisiera por este medio atraerse á Rusia. Esta nación, sin embargo, no estaba satisfecha con el griego que se le imponía por metropolitano (2). La confirmación del obispo Jonás

(1) A la muerte de Dionisio ocupó su sitio Dositheo de Nonembasia.

(2) Como fuentes históricas principales tenemos la segunda crónica de Sofía y la crónica westkrossense, que se refieren ambas á fuentes históricas generales. La crónica de Sofía es hostil al metropolitano. Como exposición auténtica tenemos la carta del gran duque Wassili Wassilyewitz al patriarca Mitrofanos de Constantinopla, d. d. 1441. *Documentos históricos*, núm. 39. El texto de la bula en virtud de la cual Isidoro fué nombrado legado de Lituania, Livonia y Rusia se encuentra en Turgenoff, I, núm. 121. Casi todas las crónicas rusas contienen cortas noticias á ella referentes. La memoria sobre el viaje de Isidoro por Livonia y Alemania se halla extractada en Karamsin, en las notas al tomo V de la *Antigua Biblioteca rusa*, VI, 27. El texto íntegro merecía ser impreso por la interesante descripción que contiene de las ciudades alemanas. La edición rusa se publicó en Moscou en 1788. Los discursos insertados por Karamsin están tomados literalmente de la crónica de Sofía, que se refiere á la relación de un testigo presencial.

de Rjasan había sido ardientemente esperada: el gran duque Wassili Wassilyewitz en una carta que algunos años después escribió al patriarca Mitrofanos, expresó en términos enérgicos la opinión que en aquella ocasión predominaba en Rusia.

«Nos habeis enviado á quien no pedíamos ni deseábamos, á Isidoro. Dios nos es testigo de que no queríamos admitirlo, y si lo aceptamos últimamente fué tan solo por los ruegos de los embajadores imperiales, por la bendición del santísimo patriarca y porque él mismo (Isidoro) estaba conrito, se mostró sumiso y nos dirigió sus súplicas (3). Su sumisión y humildad se captaron nuestra voluntad y le acogimos como padre y maestro con grandes honores y benévolo celo, según antigua costumbre y de la misma manera que se recibía á los anteriores santos metropolitanos rusos... Cuando el citado Isidoro estuvo entre nosotros, comenzó á pensar desde los primeros días en el viaje á la ciudad del concilio.» En vano el gran duque procuró disuadirle de su intento, diciéndole: «Si vas allí y vuelves, regresa con el antiguo temor de Dios y con las creencias ortodoxas tales como nos han sido transmitidas por nuestro antepasado Wladimiro el Grande y tales como las conserva la Iglesia de Dios griega ecuménica y apostólica. Cosa extranjera ó nueva ó que sea contraria á esta iglesia ecuménica, no la traigas si no quieres perder nuestro amor.» El prometió, bajo juramento, que no llevaría allí nada extranjero ni nada nuevo.

Como se vé, el gran duque siguió con desconfianza toda la obra del concilio. Rusia no tenía los imperiosos motivos que habían suscitado en Constantinopla el deseo de una unión, y desde que la Lituania se había hecho católica, todas las consideraciones de una política sensata tendían á que se conservara en su mas rigurosa forma el rito griego. Pero Isidoro hizo triunfar su voluntad, y el día de la Natividad de la Virgen del año 6945 (setiembre de 1437) salió de Moscou acompañado del obispo Abraham de Susdal y de un numeroso séquito. Dirigióse, por Twer y Torschok, á la Gran Nowgorod y á Pskoff, donde se detuvo una larga temporada, y después de haber recibido ricos presentes y percibido importantes honorarios, prosiguió su viaje por Reval, Wolmar y Riga, y descendiendo por las márgenes del Duna, en dirección al mar, se encaminó á Lubeck, á donde llegó en 19 de mayo de 1438. Sus compañeros se quedaron sorprendidos y las crónicas están llenas de expresiones de asombro al notar que en Livonia mostraba aficiones poco convenientes á las prácticas católicas. Esta inconveniencia se hizo mas manifiesta al llegar á Alemania (pasó por Luneburgo, Brunswick, Leipzig, Erfurt, Bamberg, Nuremberg y Augsburgo y por el Tirol se dirigió á Italia), y al llegar á Italia los sacerdotes rusos vieron á su metropolitano, á quien se prodigaban atenciones especiales por ser jefe de la iglesia rusa, figurar desde luego en las filas de los mas decididos partidarios de la unión. Habíase convenido respecto del concilio que se celebrarían las discusiones de tal manera que el ataque partiera de los griegos y de los latinos la defensa. Entre los seis oradores griegos designados para esto figuraba Isidoro. El día 8 de octubre de 1438 celebróse la primera sesión. El jefe de los enemigos de la unión, por parte de los griegos, era el arzobispo de Efeso, Marco Eugenikos. También Isidoro se mostró decidido defensor de las doctrinas griegas, pues aun cuando le constaba que la unión había de llevarse á cabo, quería asegurar á la iglesia griega las mayores ventajas posibles. Sin embargo, no se dió á conocer en primer término en Ferrara, donde predominaba el partido contrario á la unión; su papel comenzó en Florencia, ciudad á la cual se trasladó el

(3) *Jedwa jedwa prijaehom jeso*. *Documentos históricos*, I, pág. 73.

concilio á principios del año 1439. Allí se enardecieron tanto los ánimos discutiendo la cuestión de la procedencia del Espíritu Santo que se consideró prudente suspender las sesiones, y cuando el patriarca de Constantinopla, que se encontraba gravemente enfermo, en 30 de marzo de 1439 reunió en su palacio á sus obispos y prelados para celebrar un consejo, Isidoro se mostró por vez primera decidido partidario de la union, habiendo apoyado desde entonces esta idea. Defendía el *filioque* y entró en negociaciones secretas con el emperador, que deseaba ardientemente la union: Isidoro supo aumentar el celo imperial declarándole, junto con otros tres prelados (el arzobispo de Nicea y los obispos de Mitylene y de Lakedemon), que la union era necesaria, y que si él (el emperador) la quería, estaban dispuestos á unirse.

Isidoro fué el que propuso poner de acuerdo los libros de los Padres de la iglesia oriental y occidental en lo que se refería á las doctrinas sobre la procedencia del Espíritu Santo, con lo cual dió á las negociaciones el giro que podía llevarlas á feliz término. Consiguió convencer á los patriarcas y á la mayoría de los prelados griegos de que ambas iglesias tenían en el fondo las mismas doctrinas, pareciendo con esto asegurada la obra de union. El emperador comisionó á Isidoro para que negociara con el Papa acerca de la proteccion material que habria de dispensarse á los griegos una vez llevada á cabo la union; y habiéndole satisfecho el resultado de las negociaciones, hizo que en 3 de junio una asamblea compuesta de todos los griegos fijara la fórmula conciliatoria sobre el dogma del Espíritu Santo. Marco Eugenikos fué el único que no la aceptó, pero prescindiéndose de su opinion, se entregó el día 3 de junio un ejemplar al Papa, en presencia del cual fué aquella admitida definitivamente por los latinos y por los griegos (*quod Spiritus Sanctus ex Patre et Filio, eternaliter est, et essentiam suam, suumque esse subsistens habet ex Patre simul et Filio, et ex utroque eternaliter tanquam ab uno principio et unica spiratione procedit*). Con el acuerdo sobre el dogma mas discutido hablábase conseguido lo mas esencial: las demás negociaciones sobre el purgatorio, la primacia del Papa, el pan fermentado ó sin fermentar, así como sobre el sacrificio de la misa, ofrecían relativamente escasas dificultades. La muerte del patriarca de Constantinopla, acaecida en 10 de junio de 1439, mas bien aceleró que retardó la cuestión. Los griegos apremiaban para que se llegara á una solución definitiva, y aun cuando en aquel tiempo comenzaron á moverse activamente los adversarios de la obra de union, no eran suficientemente fuertes para hacer prevalecer su voluntad. Isidoro fué tambien esta vez el que consiguió establecer un acuerdo sobre las cuestiones mas importantes. Sabido es que los criados del patriarca llamaron la atención sobre una carta que habia éste escrito la noche antes de su muerte, y en la cual se leía lo siguiente: «José, por la misericordia de Dios, arzobispo de Constantinopla, Nueva-Roma, y patriarca ecuménico: Habiendo llegado al término de mi existencia, y debiendo pagar el pecado universal, quiero escribir y firmar públicamente, con la gracia de Dios, mi voluntad para mis hijos. Confieso todo cuanto confiesa y enseña la iglesia católica y apostólica de Jesucristo, de la Antigua Roma, y aseguro solemnemente que estoy conforme con todo ello. Reconozco tambien con toda seguridad al Padre de los padres, al sumo prelado y representante de Nuestro Señor Jesucristo, al Papa de la Antigua Roma, y el Purgatorio de las almas. Para seguridad de todo lo cual, lo firmo á 9 de junio de 1439 de la segunda Indicción.»

Algunos han puesto en duda la autenticidad de esa carta, pero no han podido probar su falsedad. Las fuentes históricas rusas no hacen mencion de ella, y esto se comprende, pues la persona de José se iba borrando de su imaginación. Sin

embargo, no puede dudarse que esta llamada *extrema sententia* respondía real y efectivamente á las opiniones y convicciones de los amigos de la union y que no existía contradicción alguna entre la anterior conducta del patriarca y esta última expresión de su voluntad. Sintiendo aproximarse su muerte, pudo querer contribuir por su parte á arreglar las diferencias que habian entorpecido el curso de las negociaciones hasta entonces entabladas. Una carta del patriarca contra la union hubiera sido de funestísimas consecuencias; pero ni se encontró un documento de esta índole, ni por nadie le fué atribuido, no pudiendo citarse de él una sola frase decididamente contraria á la union. La *extrema sententia* tenia, pues, un valor mas bien negativo que positivo, pues no proporcionaba arma alguna á los adversarios de la union, aunque por otro lado no decidía la cuestión. Esta solo podia resolverse, como se resolvió seis semanas despues, en 6 de julio de 1439, aceptando el decreto de union. Los puntos en que, además del referente á la procedencia del Espíritu Santo, habia recaído convenio, fueron aceptados con arreglo á la siguiente fórmula: «Tambien confesamos que el cuerpo del Señor puede encontrarse así en el pan de trigo fermentado como en el sin fermentar, y que los sacerdotes, cada cual segun los usos de la Iglesia á que pertenecen, sea á la oriental sea á la occidental, pueden hacer la transubstanciación con uno ó con otro pan. Item confesamos que las almas de los arrepentidos, si éstos han fallecido en el amor de Dios, sin haber podido obtener frutos dignos de la penitencia á causa de sus pecados y de sus omisiones, se purifican despues de la muerte con los castigos del Purgatorio, los cuales se mitigan con los sufragios de los fieles vivos, á saber con el sacrificio de la santa misa, con las oraciones, con las limosnas y con otras obras piadosas que los fieles suelen hacer en pro de otros fieles conforme á las instituciones de la Iglesia. Las almas de aquellos que no han incurrido en pecado despues del bautismo y las de aquellos que habiendo incurrido en él han sido purificadas, entrarán desde luego en el cielo y gozarán de la presencia del Dios uno y trino, unos mas que otros, segun sus respectivos méritos. Las almas de aquellos que murieron en pecado mortal ó simplemente en el pecado original bajarán en seguida á los infiernos, en donde serán atormentadas con horribles castigos. Tambien declaramos que la Santa Sede apostólica, el obispo romano, es el sucesor del apóstol San Pedro, el verdadero representante de Cristo, la cabeza de toda la Iglesia y el padre y maestro de todos los cristianos; que á él le ha sido conferido por Nuestro Señor Jesucristo, en la persona de San Pedro, el poder de apacentar, gobernar y administrar toda la Iglesia, del modo que consignan los concilios generales y los sagrados cánones (1). Además renovamos el orden de sucesión de los demás venerables patriarcas, que nos ha sido transmitido por los cánones, y declaramos que el patriarca de Constantinopla es el segundo despues del obispo romano, el tercero el de Alejandría, el cuarto el de Antioquia, el quinto el de Jerusalem, y conservamos los derechos y privilegios de todos ellos. Dado en Florencia en la sesión sinodal pública celebrada en la catedral, en el año 1439 del nacimiento del Señor, en 6 de julio y en el noveno año de nuestro pontificado.»

Este documento llevaba 115 firmas latinas y solo 33 griegas y estaba sellado por el Papa y por el emperador.

En todos los demás puntos se permitió á los griegos que siguiesen su rito especial: nada se habló respecto del matri-

(1) Este principio, cuya importancia ha sido reconocida en el concilio Vaticano de 1870, dice en el original griego y latino: *Quemadmodum etiam in gestis yemenicorum Conciliorum, et in sacris Canonibus continetur, y καὶ ὃν τρόπον καὶ ἐν τοῖς πρακτικαῖς τῶν οἰκουμένων συνόδων καὶ ἐν τοῖς ἱεροῖς κανόσι διαλαμβάνεται.*

monio de los sacerdotes y pudo abrigarse la esperanza de que, existiendo las diferencias dogmáticas mas bien entre el alto clero que en el clero bajo y los laicos, la concordia de Florencia haría desaparecer realmente el antagonismo que entre el Oriente y el Occidente existía. Para el vulgo quedaban, sin embargo, en pie dos símbolos que estaban completamente al alcance de su inteligencia: la supremacía del Papa y el sacrificio de la misa: esto y el ódio que de antiguo existía contra los latinos hizo que la obra fracasara en definitiva. Tambien debe tenerse en cuenta que el compromiso que se habia llevado á cabo en punto á cuestiones religiosas reconocía un fundamento político; de suerte que descartando las ventajas políticas que esperaba obtener Constantinopla, nada quedaba que pudiera inducir á la union religiosa. Esta, pues, carecía por sí misma de fuerza y no se comprendía qué era lo que habia movido á Rusia á aceptarla. La Rusia no reportaba ventaja alguna de la concordia, antes al contrario debia considerarla como un peligro; en ella la union no contaba, como en la corte bizantina, con el apoyo del monarca: toda la obra de la union descansaba sobre los hombros de Isidoro, que era un extranjero para el país y para el mismo gran duque y que exageraba el poder que le daba su posición como jefe supremo espiritual de Rusia.

Por eso fracasaron por completo sus planes.

En 16 de setiembre de 1439 el papa Eugenio, en recompensa de los servicios prestados para llevar á cabo la obra de la union, nombró al metropolitano Isidoro legado suyo (1), concediéndole jurisdicción no solo sobre Rusia sino tambien sobre Lituania y Livonia: Isidoro salió aquel mismo día de Florencia y por Venecia se dirigió hácia Buda, donde publicó la célebre pastoral en que anunciaba á las iglesias á él sometidas la union definitiva de Occidente y de Oriente en el terreno religioso. Este documento, sin embargo, no fué enviado á Rusia, donde Isidoro esperaba conseguir mayores resultados con su intervencion personal; pero difícilmente puede creerse que no hubiera llegado allí noticia de sus actos. La sorpresa del pueblo, del clero y del príncipe de Rusia, de que nos hablan los contemporáneos, es tanto menos creible cuanto que Isidoro entregó al gran duque Wassili una carta del papa Eugenio, en la cual se le notificaba la union realizada, y cuanto que el nuevo legado de la Sede apostólica fué por Wassili cariñosamente recibido. No podía, pues, ignorarse en Moscou que se habia verificado la union en las cuestiones dogmáticas y que se habia reconocido el primado del Papa (2). Durante la Semana de Pasión entró el metropolitano en Kieff. El gran duque, en la carta antes mencionada, refiere estos sucesos del modo siguiente:

«Ahora ha llegado (Isidoro) y ha introducido muchas cosas extrañas en nuestro ortodoxo cristianismo, contra las divinas y santas reglas de los santos apóstoles... Nos ha traído tambien del Papa romano una carta, en la cual los latinos sostienen una doble procedencia del Espíritu Santo (y aquí siguen consideraciones poco benévolas sobre este punto y sobre las concesiones acerca del pan fermentado y del Purgatorio). Este Isidoro se llama, en su carta, legado á *latere* de la Sede apostólica para los lituanos y alemanes y ha sellado su epistola con cera verde: lleva tambien un crucifijo cuyos dos pies

(1) Véase: *Turgenieff historia Russiae monum.* I, núm. 121, *te cuius virtus et diligentia in hac unione admodum cognovimus profuisse, et quem Dei benignitas preclaris virtutum dotibus illustravit, ac rite integritate ac morum, nec non magnitudine consilii, rerum agendarum experientia prudentia quoque et sacrarum litterarum doctrina plurimum exornant...* No caben mayores alabanzas.

(2) El texto de la carta pontificia, tal como la inserta la crónica de Nikon, puede ser auténtico, pero es imposible que sea completo: faltan en él muchos puntos á que alude el gran duque Wassili en su carta al patriarca Mitrofanos.

están clavados con un solo clavo... y observa en todo las prácticas latinas. Tambien ha traído para las dos iglesias, es decir, la nuestra ortodoxa y la latina, la bendición del Papa y se ha llamado maestro y superior, haciéndose por tanto reo de bigamia. Asimismo ha introducido el nombre del Papa durante el servicio divino en nuestra gran catedral, y con todo esto que ha hecho nos ha sometido como siervos á la iglesia romana y al Papa romano, eliminados de los Santos Padres por sus muchas herejías. Al ver y oír todo esto, convocamos á los obispos de nuestro imperio temerosos de Dios... Efraim de Rostoff, Abraham de Susdal, Jonás de Rjasan, Warlam de Kolomna, Hiob de Sarai y Gerasim de Perm y además á los muchos archimandritas, abades, sacerdotes y monjes de nuestro país, y les hemos dicho que leyeran las Sagradas Escrituras. Entonces todo nuestro clero vió claramente que las doctrinas de Isidoro eran extrañas y contrarias á las leyes santas y divinas.»

Esta carta, enviada en 1441 á Constantinopla, refiere exactamente los hechos tales como nos los han transmitido las crónicas. Como Isidoro empleó un año para ir de Florencia á Moscou, llegaron antes que él á esta ciudad las noticias de los acuerdos del concilio y de la resistencia que la union habia encontrado en el imperio bizantino, de suerte que los moscovitas no estaban desprevenidos. Si el gran duque Wassili consintió, á pesar de ello, en que Isidoro poco despues de entrar en la iglesia de la Madre de Dios, en el Kremlin, celebrara el culto divino segun el rito unido y leyera el decreto de union, lo hizo indudablemente con la intencion de abrir los ojos á todos los rusos ortodoxos respecto del alto prelado antes de poner en él las manos, pues no es posible que su prision fuera, como cándidamente suponen las crónicas, un acto espontáneo. Durante los pocos dias que mediaron entre el primer oficio divino celebrado por Isidoro y su prision hubo cierta agitacion contra el metropolitano. Wassili dió el primer paso peligroso cuando se creyó seguro de que nadie abogaria por el prelado, y además hizo que el concilio ruso por él convocado aprobara solemnemente su conducta. Isidoro fué encerrado en el convento de Chudoff, y cuando, á los dos años, consiguió huir con uno de sus discípulos, habia ya perdido toda su influencia en Rusia. Wassili lo consideró tan impotente que no creyó necesaria su persecucion. Isidoro se dirigió á Roma, donde fué nombrado cardenal, quedando confiados los cuidados de mantener la union á aquel Gregorio que habia con él huido de Moscou. Gregorio fué el primer metropolitano de la iglesia unida en Kieff, agregándose entonces á las diferencias políticas que entre la Rusia occidental y la oriental existían el antagonismo religioso, pues en 1447 fué elegido metropolitano de Moscou y de toda la Rusia Jonás de Rjasan, mientras Gregorio llevaba el título de metropolitano de Kieff y de toda la Rusia. En esta lucha religiosa habia una circunstancia política esencial que aumentó el antiguo antagonismo entre Rusia y Lituania. La lucha necesariamente debia terminar y hoy, despues de los sucesos ocurridos, comprendemos — sobre todo despues que fracasó la obra de union en Grecia, — por qué no se sostuvo en la Rusia lituana aquella union que ni satisfacía al catolicismo ni se avenía con las ideas ortodoxo-griegas. Este territorio ó habia de volver á la iglesia griega ó de entrar por completo en el seno de la católica. Pero transcurrieron algunos siglos de disturbios antes de que se llegara á una solución definitiva, y aun en nuestros dias no está todavía la cuestión bien resuelta.

En la historia de Rusia, el concilio de Florencia es, sin embargo, un hecho importantísimo y la gran claridad que arrojó sobre los designios del gran duque de Moscou dió á este imperio gran ventaja sobre la Lituania, que se habia visto considerablemente debilitada con la union.